

de su principio. Quitense los obstáculos, dice, y prescindase del estímulo ó fomento; que no dé nada la autoridad, pero que no cercene nada; y como dice Plinio, que no alimente, pero que no mate, y brotarán por todas partes los niños. En efecto esta es la verdad que debe servir de regla á los gobiernos en lo concerniente á poblacion, y llegará muy luego al mas alto punto que debe llegar, si quieren respetar los medios que la naturaleza ha dado al hombre para hacer vivir á su familia. Serán inútiles las injurias contra los celibatos, cuando hallándose asegurada la libertad de industria, y pudiendo cada uno emplear, sin trabas, sus facultadas en su mayor ventaja, no ofrezca el casamiento, á la clase laboriosa el riesgo de ver aumentarse sus obligaciones con la perspectiva de disminuir sus medios, viniendo á ser de este modo inevitable su ruina.

CAPITULO V.

Del sistema de M. Malthus relativo á la poblacion.

« ¿ Cuales son las trabas que impiden los
» progresos de la poblacion y cuales son los
» medios que deben emplearse para alejarlas
» ó destruirlas? »

Lib. II, cap. II, p. 224.

He dicho en el capítulo precedente que presentando el sistema de M. Malthus sobre poblacion, no habia podido moverme ningun sentimiento de parcialidad. Este sistema me repugna mas bien que me agrada; y cuando me determiné á examinarlo con cuidado, para juzgarlo con conocimiento de causa, me acerqué á el con un penoso esfuerzo, cual si fuera preciso entregarme á una dolorosa operacion, ó fijar mucho tiem-

po mis miradas sobre un objeto desagradable.

Pero no es dable resistir á la evidencia, y asi es que quedé convencido de la verdad del principio proclamado por el autor inglés.

La subsistencia sigue desproporcionadamente á la poblacion y la hambre llegaria antes que la subsistencia, si la poblacion fuera lo que puede ser.

Cediendo asi á una verdad demostrada, me pregunté á mí mismo si adoptaria las consecuencias que saca de ella M. Malthus.

Empezaré declarando que esas consecuencias no son tales como nos las han presentado en varias obras dedicadas á combatir este sistema. En la mayor parte de las refutaciones francesas hay una mezcla de mala fe y de mofa, que solo sirve para obscurecer todas las cuestiones desfigurando las opiniones que se atacan. El prurito de ostentar crítica y

agudeza no abandona á nuestros escritores en su modo de tratar los objetos mas graves. Han dicho una vez para siempre que la sátira jocosa es el arma mas fuerte; y tanto los torpes como los perspicaces quieren esgrimirla. Resulta de esto en casi todas las críticas que se publican en Francia sobre los descubrimientos importantes, ó las ideas nuevas, una exageracion, una infidelidad, una pretension á la lijereza y á la jocosidad, que imposibilitan toda investigacion cándida é imparcial. De aqui proceden los juicios absurdos pronunciados sobre las observaciones profundas é ingeniosas del doctor Gall, sobre las teorías literarias de muchos críticos alemanes, sobre el sistema de la perfectibilidad de madama de Staël, en fin sobre la obra en que M. Malthus antes que otro alguno, ha profundizado la gran cuestion de la poblacion de la especie humana.

Este escritor no ha pretendido que

fuese preciso emplear contra el aumento excesivo de los nacimientos unos reglamentos coercitivos y bárbaros; ni ha hecho la apología del infanticidio, ni menos indicado el vicio y la corrupcion, como remedios practicables contra la multiplicacion de nuestra raza.

Pero ha pensado que podia imponerse á la clase pobre, por algunos medios indirectos, una privacion mas de las en que está por su desarraigo y que son ya suficientemente numerosas. Ha atribuido á un principio que llama *violencia moral* un influjo mas extenso que el que puede tener, segun mi sentir: ha creido que podia contribuirse á la accion de este principio por medio del cercenamiento de los socorros públicos; y varias ideas suyas sobre estos distintos objetos me parecen carecer sino de una exactitud lógica, (que un talento distinguido consigue fácilmente establecer sobre el papel) de una posi-

bilidad práctica bastante incontestable, y sobre todo, lo confieso con sentimiento, me parecen separarse un poco, sin duda contra la intencion del autor, de los sentimientos de simpatía y piedad, quiero decir de humanidad, que aquel profesa.

Hay ciertamente algo duro y severo en los racionios que acumula M. Malthus para probar que los pobres no tienen derecho alguno á los socorros de la sociedad. En general yo no soy tampoco partidario de los socorros públicos que por lo comun se administran y reparten mal, y quitan al hombre, engañándole con una falsa esperanza, el instinto mas util, aquel que le enseña á conocer que no debe contar sino sobre su propia industria y aguardar su subsistencia únicamente de sus esfuerzos. Pero hacer que se prevenga desde la tribuna evangélica que en lo sucesivo se negará á los párbulos cuyos padres no puedan

alimentarlos la asistencia de las parroquias, es una declaracion demasiado manifiesta, de un estado de hostilidad permanente entre los que lo tienen todo y los que no tienen nada. La cosa puede ser; pero proclamarla no me parece ni bueno ni prudente; y cuando al hablar del desgraciado que hubiera cedido al mas imperioso incentivo, y á la inclinacion mas irresistible exclama el autor ingles: « Entreguemos á un culpable á » la pena impuesta por la naturaleza; » ha obrado contra la razon que se le ha » manifestado claramente: á nadie debe » acusar, sino á sí mismo, si tiene malos » resultados la accion que ha cometido; » debe imposibilitársele la asistencia de » las parroquias, y si la beneficencia » privada la prodiga algunos socorros, » el interes de la humanidad requiere » imperiosamente, que no sean demasiado abundantes. Preciso es que sepa, » que las leyes de la naturaleza, esto

» es las de Dios, le han condenado á » vivir miserablemente para castigarle » por haberlas violado; que no puede » egercer contra la sociedad ninguna especie de derecho para obtener de ella » la menor porcion de alimento que » excede al comprado con su trabajo; » y que si él mismo y su familia estan » al abrigo de los tormentos de la » hambre, son deudores de este beneficio á la piedad de algunas almas » bienhechoras que estan en derecho » de reconocimiento para con ellos. » Cuando se leen semejantes frases puede exclamarse:

*Je rends grâces aux Dieux de n'être pas Romain,
Pour conserver encor quelque chose d'humain*.*

Si se pesan todas las expresiones de este terrible anatema se verá, quizás,

* Doy gracias á los dioses de no ser romano
Por tener todavía algun resto de humano.

que muchas son arriesgadas, y suponen á ciertos dogmas fundamentales un asenso que resiste el corazon y que puede disputarles el entendimiento.

¿Es acaso infalible que las leyes de la naturaleza, esto es las de Dios, hayan impuesto un castigo tan severo á la multiplicacion imprudente, si se quiere, de nuestra especie? ¿Es por cierto justo, para libertar la sociedad, no de un ataque directo que turbase el orden en ella, sino de un recargo molesto para los que son poseedores exclusivos de lo que, al fin, puede no ser un monopolio; es justo, le preguntamos, buscar en apoyo de esa sociedad en donde reside la fuerza, y para quien son las leyes y las armas, la maldicion de ese Dios que la religion, por el contrario, nos pinta abriendo los brazos al pobre y al débil, y recibéndole en su seno? Nuestras instituciones existen, y de ahí es que es preciso defenderlas y obedecerlas; pero

degemos, al menos para consuelo de la clase á quien ellas han desheredado, la esperanza del cielo y la bondad divina.

No se si me engaño; mas creo que siempre que se eleva en los corazones una reprobacion involuntaria, hay en el principio que la produce algo defectuoso ó irritante; pues he notado siempre, que cuando se vituperaba á una madre, que pedia limosna para alimentar á sus hijos por el excesivo número de aquellas criaturas, se manifestaba en el semblante de los que estaban presentes una señal de indignacion por semejantes vituperios.

Al llegar aqui no puedo abstenerme de hacer una observacion que dará lugar, segun creo, á serias reflexiones. No se á que periodo del estado social hemos llegado; ¿pero cuando es un peligro la poblacion por que no hay la suficiente subsistencia para ella, y que al mismo tiempo se declara como un azote la

abundancia de los comestibles de primera necesidad, no deberá haber algun vicio en este estado social?

Sin embargo, lo repito, M. Malthus se ha dejado arrastrar por su sistema, mas bien en las expresiones, que en los actos que recomienda, y estos errores parciales en nada destruyen el principio sobre que se apoya aquel. No obstante á pesar de la mucha ilustracion del autor no ha previsto que considerando como un remedio á los males que indica lo que el llama la violencia moral, ha caido en un exceso semejante al que reprocha á Condorcet y al Godwin.

Prever una época en que la perfectibilidad indefinida haya hecho desaparecer la propiedad, inutilizado el trabajo y dotado á los hombres de una vida sin término, es sin duda quimérica; mas esperar que el género humano y en él la clase poco ilustrada, llegue á domar el atractivo de los sexos por la considera-

cion de los males que trae consigo una excesiva poblacion y que se subyugue aquel incentivo sin que le substituyan otros vicios torpes, es crearse voluntariamente ilusiones y sueños.

Bien puede uno deleitarse en el cuadro de una sociedad en la que cada miembro se esfuerzase á alcanzar la felicidad cumpliendo exactamente sus deberes; en donde toda accion solicitada por el deseo de un deleite inmediato, pero que arrastrase en pos de ella una grande dosis de pena, se considerará como la violacion de una ley moral; en donde un hombre que ganase para mantener á dos hijos no se podría nunca en el caso que le obligase á alimentar cuatro á cinco, cualesquiera que fuesen en el particular, las sugestiones de una ciega pasion; en donde el tiempo pasado en privaciones, se hubiera empleado en hacer economías, y en el que al mismo tiempo hubiera sido un perpetuo ejercicio de

continencia y castidad el intervalo entre la edad de la pubertad y la del casamiento *. Pero de buena fe, ¿se cree vencer así á la naturaleza? ¿Y la inclinacion que da valor á los mas tímidos, que reduce al frenesí á los mas perezosos, que se ha creado la mas invencible para que repose sobre ella la perpetuidad de las especies; esa inclinacion que desprecia la muerte, el dolor, todas las consideraciones y temores, cederia acaso á algunos racionios metafísicos, ó á cálculos de una remota probabilidad, que pueden no realizarse y que tendrán tanto menos fuerza quanto que no los apoyará con su autoridad ninguna ley penal?

Y aqui se manifiesta á las claras el vicio de los argumentos que refutamos. « La mas irresistible y universal de nuestras necesidades, dice M. Malthus, es la del alimento, la del ves-

* De la poblacion, cap III.

» tido y la de una habitacion.... No hay
 » nadie que no conozca cuantas ventajas
 » trae el deseo de satisfacerlas, cuando
 » este es bien dirijido; pero tambien se
 » sabe que en el caso contrario viene á
 » ser el origen de muchos males. La so-
 » ciedad se ha visto precisada á casti-
 » gar directamente y con severidad, á
 » aquellos que para contentar este ur-
 » gente deseo emplean medios ilegí-
 » timos. »

De esto deduce el autor que puesto que ha podido impedirse al hombre, proveer ilegítimamente á su subsistencia, podrá igualmente impedírsele la multiplicacion imprudente.

Mas por confesion del mismo M. Malthus aquel primer objeto no ha podido alcanzarse sino por medio de leyes penales y muy severas; luego está lejos, le hago esta justicia, de proponer semejantes medidas; de lo que se sigue que no hay ninguna pariedad entre los dos

casos. Su sistema tiene únicamente el peligro de que puede inducir á los escritores menos sabios que él á invocar la acción de la ley contra el atractivo de los sexos revestido de la sancion del matrimonio, así como contra la hambre, y caemos entonces en una serie de vejaciones absurdas y siempre en aumento : muy en breve se verá la prueba.

No obstante , antes de presentar esta prueba consideremos la cuestion bajo su último punto de vista. Midamos la extension de privacion que desde nuestros despachos bien preparados , y mejor mantenidos nosotros , con nuestras mugeres á nuestro lado , y algunas veces con las que no lo son , prescribimos á unos seres semejantes á nosotros en lo físico y en lo moral.

No es solamente á una continencia contra la naturaleza , á los dolores y enfermedades que ella misma produce en los mismos términos que el exceso con-

trario ; no es solamente digo á esos males á los que condenamos á la porcion laboriosa y desgraciada de nuestra especie , sino á una desgracia mas durable , mas amarga y que aguarda á esa clase mal tratada , cabalmente al fin de su triste carrera.

Pero admito todas las suposiciones para hacer posible la utopia del autor ingles. Los artesanos se abstendrán en su juventud del matrimonio y de los placeres ilegítimos que consuelan en el día á los celibatos. La mayoría de la especie humana conseguirá diariamente sobre sus sentidos una victoria que los santos mas austeros del cristianismo consideran como la mas difícil ; una victoria por la que no parecia una recompensa demasiado grande á la iglesia primitiva , la salvacion eterna : la juventud de nuestros dias desplegará en medio de las tentaciones una impasibilidad que los solitarios de la Tebaida alcanzaban á penas ,

por medio de unas maceraciones, ayunos y penitencias que no hacen estremecer. El labrador joven ó el artesano que habrá llegado á la edad en que hace hervir la sangre la imágen de una muger, permanecerá en presencia de la seducción tan pacífico como San Simon Stylite en lo alto de su columna; concedo aun mas, no se entregará á ningun otro goce dispendioso para indemnizarse. Vivirá casto, sin privarse con el vino, sin distraerse con algunos entretenimientos y sin hacer uso de la menor parte de sus economías para procurarse un momento de descanso. Mas es bien seguro que le conducirán sus esfuerzos al fin que espera? Se convendrá conmigo que la cosa no es infalible. A pesar de su estoicismo práctico puede muy bien llegar á la ancianidad sin que hayan sido suficientes sus economías para autorizar su casamiento. ¿En que posicion se hallará entonces? Aislado, sin recursos, sin fa-

milia, sin afectos, sin un brazo que lo sostenga si está enfermo ó que lo guíe si está ciego, habrá consumido su vida en unas abstinencias dolorosas para hallarse al término de su carrera en un deplorable abandono. Yo gusto de la economía política, aplaudo los cálculos que nos ilustran sobre los resultados y probabilidades de nuestro triste y dudoso destino; pero quisiera que no se olvidase que el hombre no es solamente un signo aritmético, que hay sangre en sus venas y en su corazon la necesidad de un apego ó adhesion. Los casamientos de los pobres tienen sin duda muchos inconvenientes materiales; ¿pero se considera como nada franquear á esos seres, despojados de todo, unos tesoros de afectos que equivalen para ellos á los bienes de fortuna que tanto tememos nos lleven? A pesar de todos los inconvenientes de la multiplicacion de los hijos, cuya subsistencia es incierta, para el

pobre es para quien es mas de desear é indispensable el casamiento : el rico podria pasar sin él. Este siempre tiene medios para conseguir que se finja afecto conyugal, fraternal ó filial; está seguro de poder rodearse de la apariencia de todos los cariños, y tal es la miseria de nuestra naturaleza, que estoy por decir que los bienes de fortuna dan á los afectos que prescriben una especie de realidad. En derredor de los grandes y los ricos hay una atmósfera de ternura que no siempre es enteramente facticia; ¿pero donde hallará el pobre esas atenciones, socorros y simpatía? No podria comprarlos como nosotros, para aluzinarse en seguida sobre su origen profundidad y extension. El casamiento solo le dá un ser que se identifica con él, que le ayuda á soportar el peso que nuestro orden social descarga sobre él sin misericordia, que trabaja con él, con él sufre y mendiga.

Todos saben la respuesta de aquel ciego á quien se le echaba en cara que alimentaba á su perro. ¿Y quien me amaré? decia. Estas pocas palabras me parecen una refutacion elocuente al sistema tibio y mesurado, que para la mayor comodidad de las clases ricas, quiere privar á las pobres, no solamente del mas grato de los goces físicos, sino de todos los consuelos que resultan del lazo conyugal y de la paternidad.

Se diria que habiamos llegado al punto en que el nacimiento de un niño que no trae asegurada su subsistencia, no alarma tanto como la vista de un foragido que viene á arrebatarnos lo que poseemos: es ademas en mi sentir, exagerar demasiado los privilegios de la propiedad.

Al decir todo esto, no hago otra cosa sino combatir las consecuencias que se han sacado de un principio verdadero.

Yo adopto todo cuanto se alega contra el impulso dado á la poblacion. Este fomento trae necesariamente consigo, como dice M. Malthus, un aumento de mortalidad; asi es que no debe fomentarse el matrimonio por medios facticios: no se imponga como un deber, mas no se proscriba tampoco como un crimen. Y puesto que el cree, como yo, que la Providencia ha hecho de esta tierra un mundo de pruebas, permítase que graven en parte sobre la clase favorecida por la suerte. No se elija siempre al pobre para prescribirle privaciones: si multiplica esta clase, que la pudiente se estreche é incomode. Por confesion de M. Malthus son necesarios muchos siglos para que venga á ser tal la poblacion que puesta en accion toda la cultura de nuestro globo (en donde es susceptible de producir) sea insuficiente la subsistencia. Entonces como entonces. Entre tanto dejéanse marchar las cosas.

La naturaleza por sus rigores y el interes personal por sus cálculos, pondrán límites á la poblacion y la aliviará la beneficencia, sobre todo, si á esta no se le da el carácter de delito.